

El Financiero,
especial para ~~El Financiero~~ edición del 15 de enero de 1991
La guerra
~~Guerra~~ anunciada

master

miguel ángel granados chapa

Desde que el 29 de ~~ener~~ noviembre el consejo de seguridad de la ONU determinó que el 15 de enero culminara el plazo para que Irak saliera de Kuwait, la guerra del Golfo Pérsico se convirtió en un evento al mismo tiempo esperado y temido. Como no hay plazo que no se cumpla, hemos llegado al fin de este. Y a pesar de que se trata de un fenómeno irracional, en cuyo estallido pueden morir miles y aun millones de personas, es preciso establecer las coordenadas que nos permitan intentar el entendimiento de este evento singular.

Atendamos primero a los protagonistas de la situación. El primero en aparecer en la escena es Saddam Hussein, el dirigente iraquí. Sobre él se han volcado toda suerte de invectivas, de insultos. El menor ha sido llamarlo "loco". Parece inexacto tratarlo de ese modo. Nadie duda que los hombres muy poderosos están afectados por una neurosis especial (alguien ha escrito un libro que se llama "los enfermos que nos gobiernan" o algo así), en función de la cual buscan y ejercen dominio sobre los demás. Hussein no escapa a esa circunstancia, pero no hubiera bastado simplemente su desequilibrio para producir el embrollo trágico, mortal, que ha causado. De igual manera que Hitler hubiese sido un personaje de anécdota si el clima político y económico de la primera posguerra no hubiera permitido el crecimiento del nazismo, así Hussein finca el avance de sus posiciones en hechos reales, medibles, que generan efectos, como lo veremos adelante. De cualquier modo, es preciso recordar que se trata de un militar nacionalista, profesante del socialismo islámico, que se hizo del poder hace once años, cuando gabó por la fuerza el liderato del grupo gobernante en Irak, que es el mismo que desde su juventud luchó contra los ingleses y el régimen monárquico para crear el Irak donde se asentó la antigua Mesopotamia, entre los ríos Tigris y Eufrates. Dictador que cuida las formas (todavía en las horas recientes reunió al parlamento para que santificara sus decisiones) pero no duda en manifestarse como un titano violento, su personalidad lo hace indefendible, si es que alguien

tuviera la osadía de emprender su defensa.

Enfrente de él está el Presidente Bush. Así debe considerarse, no obstante que la ofensiva bélica contra Irak está compuesta por las fuerzas de casi una treintena de países y no obstante que la virtual declaración de guerra al régimen de Bagdad fue expedida el sábado anterior por el Congreso de los Estados Unidos. A Bush, en efecto, le corresponde personalizar la oposición al ataque iraquí a Kuwait. Cuando ~~la invasión comenzó, Bush~~ llega la hora de esta guerra, Bush está cumpliendo dos años en el gobierno, es decir cruza la línea divisoria de la mitad de su primer mandato, y aunque es temprano aun para saber si habrá uno posterior a este (porque ello dependería entre otros hechos futuros del resultado de la guerra), lo cierto es que no ha sido un presidente afortunado. Las elecciones de noviembre pasado no le fueron favorables. Perdió apoyo republicano en ambas Cámaras, y ganaron en estados clave para él, Texas y Florida, los candidatos demócratas opuestos a los que ~~él~~ impulsaba el principal huésped de la Casa Blanca. En lo económico tampoco funcionan sus planes. La anchura del déficit se ha ampliado, ~~é~~ y tuvo que bregar con los congresistas para conseguir la aprobación de un presupuesto para 1991 que lo obligó a incumplir la solmene promesa con la que fue electo, consistente en no subir el monto de los impuestos. Aunque es un político profesional (lo que se nota apenas se recuerda a Reagan, que no dejó de ser nunca un improvisado), todos quienes lo han visto en las últimas horas, durante sus frecuentes apariciones en televisión concuerdan en apreciar su rostro ~~demacrado~~ demacrado, la huella que el sufrimiento de tomar decisiones muy trascendentes, provoca en su conciencia.

Las causas del enfrentamiento son variadas, según podemos percibir los legos en la materia, pero que estamos necesariamente preocupados por las secuelas de destrucción que atosigarán al mundo entero, entre el cual nuestro país no será una excepción. Factores económicos y geopolíticos están en el centro de la cuestión. El precio del petróleo, y la capacidad para regir su producción y sus flujos justifican, a los ojos de los protagonistas, aun un encaramiento

destrutivo. Asimismo, la hegemonía de la zona está en disputa. El Golfo Pérsico quedará convertido en "mare nostrum" norteamericano al fin de las hostilidades, que no se sabe cuándo llegará pues, como se ha repetido al infinito, la guerra puede durar seis días, seis semanas o seis meses. O seis años, agregaríamos nosotros: las últimas batallas que participaron, cada uno por su lado, Iark y los Estados Unidos, no concluyeron en el breve lapso que cada uno de esos países vaticinó al involucrarse en ellas. A Washington le costó diez años salir del embrollo de Vietnam, y ocho a Bagdad empatar en su costosa guerra con Irán.

De muchas maneras, la guerra nos alcanzará, aquí, tan lejos del teatro de los acontecimientos. Aun si así no fuera, nuestra pertenencia al género humano debe hacernos rechazarla, condenarla. Ninguna de las partes es merecedora del apoyo o siquiera la simpatía de los hombres de buena voluntad.